

# Voces e Ideas

## Chosica: los frutos de la prevención

Los huaycos que cayeron sobre las poblaciones de la carretera central del Perú el 15 de febrero del 2009 constituyen un fenómeno extremadamente recurrente pero del cual podríamos extraer algunas lecciones preliminares.

Estos fenómenos que ocurren casi todos los años entre los meses de diciembre y abril tienen como causas principales la accidentada topografía en una franja del territorio nacional en donde en unos pocos kilómetros se pasa de menos de mil metros sobre el nivel del mar a más de tres mil y, en donde lo normal es que se produzcan lluvias relativamente moderadas, propias de la sierra. Sin embargo, también pueden producirse cada 10 ó 15 años fenómenos meteorológicos que determinan el trasvase de las nubes procedentes de la selva y que devienen en fuertes lluvias localizadas justamente en las partes altas de las quebradas que desembocan en los pueblos ubicados cerca de las riberas de los ríos. Estas lluvias caen sobre grandes masas de rocas en proceso de fragmentación y muy inestables, provocando que se deslicen desde los cerros a los cauces e impacten en los centros poblados.

Foto: Eric Bronder/Wikipedia Commons

Los huaycos que más se recuerdan habían correspondido con el fenómeno El Niño como fueron los de 1925, 1983, 1987 y 1998. Los huaycos de este año se dan en un contexto diferente, donde El Niño está ausente. En 1925, el caudal del río Rímac llegó a su máximo histórico debido a los huaycos (500 m<sup>3</sup>/seg) e inundó muchas zonas de la actual Lima Metropolitana. En 1983, los huaycos provocaron gran destrucción de centenares de viviendas a lo largo de la carretera central y sepultaron varios pueblos, e incluso el centro recreacional “Las Quiscas” en Santa Eulalia.

En 1987, un fenómeno de El Niño coincidió con la ocurrencia de siete grandes huaycos en Chosica, sepultando 500 viviendas y causando la desaparición de dos centenares de personas; las calles de Chosica, incluida la carretera central estaban llenas de lodo y rocas algunas del tamaño de una habitación. En El Pedregal, la zona que fuera más devastada, hasta hace poco pudimos visitar viviendas reconstruidas por los pobladores encima de las sepultadas que servían en algunos casos de sótano.

En todos los desastres referidos se habló de la falta de prevención. Sólo a raíz de lo ocurrido en 1987 se produjo un cambio radical. Hoy existen evidencias de que las obras de prevención ejecutadas en la década pasada han limitado los efectos destructores de tales fenómenos. Primero porque el caudal del río Rímac el día domingo 15 de febrero (97m<sup>3</sup>/seg) resultó ser mayor que el del 3 de marzo de 1994 (92m<sup>3</sup>/seg), que provocó las inundaciones del puerto del Callao destruyendo 427 viviendas, afectando instalaciones industriales y a cerca de 10 mil personas. Esto se explica por las obras de defensa ribereña ejecutadas desde 1989 y el mantenimiento del cauce en la zona del Callao. Segundo porque los huaycos en las quebradas de Chosica (Quirio y Pedregal) han arrastrado rocas de menor dimensión y a menor velocidad que en 1987 debido al funcionamiento de los diques de regulación de cauce construidos por el municipio, PREDES y el Ministerio de Transporte entre 1990 y 1999. Hoy lamentamos la desaparición de tres personas y medio centenar de viviendas afectadas ante huaycos de similares proporciones, pero el desastre pudo ser similar o mayor al de 1987.

Pero no solo fueron las obras de prevención las que dotaron de seguridad a los pueblos de Chosica en la década pasada; entonces los dirigentes de los pueblos se adelantaban a la ocurrencia de las lluvias y llamaban a los medios de comunicación para demandar

las obras de prevención; la participación de las comunidades se daba tanto en las faenas comunales como en los acuerdos sobre las medidas por tomar; la empresa de electricidad condicionó las instalaciones domiciliarias a la ubicación en zonas seguras; los medios de comunicación denunciaron la ocupación de terrenos en los cauces para fines de vivienda y las urbanizadoras inescrupulosas fueron enjuiciadas por el INDECI Instituto Nacional de Defensa Civil; y existía una activa vigilancia ciudadana que permitió denunciar la corrupción en algunas obras de defensa ribereña.

Todo lo anterior llevó a que Chosica sea reconocida como un ejemplo de cómo la comunidad podía prevenir los desastres, lo que fue difundido por Naciones Unidas en la Conferencia Mundial de Yokohama en 1994.

Hoy la situación se torna particularmente riesgosa porque existen evidencias de que los diques ya han cumplido su función y no se han ejecutado suficientemente obras complementarias. Esto nos hace pensar que de suceder nuevos huaycos podríamos lamentar una destrucción cada vez mayor. Adicionalmente, las cárcavas en las laderas contiguas a los centros poblados no han sido tratadas hace muchos años e incluso se han instalado nuevas viviendas y no están suficientemente protegidos los reservorios y canales ubicados encima de los pueblos.

La organización de la comunidad se ha debilitado en lo que refiere a la defensa civil y no se evidencia la capacidad de respuesta de las organizaciones e instituciones. El llamado a la organización de la población para tener sus sistemas de alerta y sus rutas y zonas de evacuación es acertado; sin embargo estas medidas serían de mucha más efectividad si la población y las instituciones se hubieran preparado con la debida anticipación y la reducción de los riesgos estuviera incorporada en los planes y presupuestos de las diferentes instituciones públicas y privadas. El gran reto ahora es el actuar en la emergencia, pero reconociendo que la prevención del pasado ya cumplió su función y por tanto requerimos retomar nuevas políticas y estrategias para reducir los riesgos.

*Para mayor información:*

*Pedro Ferradas*

*Gerente del Programa de Prevención de Desastres y Gobernabilidad Local.*

*Soluciones Prácticas ITDG.*

*pferradas@itdg.org.pe*

# ¿Crisis o mitigación?

## El papel de la relación entre las instituciones y las comunidades en el contexto de la asistencia para la recuperación después de un desastre



Foto: Choluteca Honduras /Zack Clark/Wikipedia Commons

### Introducción

**E**n este breve artículo, deseo examinar las complicaciones antropológicas de las políticas y las prácticas de recuperación después de un desastre, según las enfrentaron los actores institucionales y las poblaciones afectadas durante la reconstrucción de dos comunidades reasentadas en el sur de Honduras después del huracán Mitch. En este caso, a lo que me refiero con “complicaciones antropológicas” es la forma en que las políticas y las prácticas de recuperación pueden plantear supuestos sobre la naturaleza de la gente, la sociedad y las comunidades, ya sea que tales políticas y prácticas no sean relevantes, o bien, que estas incrementen las inequidades sociales en el contexto en el que se aplican. Este es un problema que se ha investigado a fondo en los campos del desarrollo y de la planificación urbana (Caldeira y Holston 2005, Escobar 1995, Ong

2006), pero que todavía debe explorarse aún más en los estudios sobre los desastres (Maskrey 1995). Quizás para los lectores este podría ser un punto de partida muy poco interesante. Bien se podría aseverar que “por supuesto que las ONG y las agencias gubernamentales tienen presente la necesidad de tomar decisiones sobre las políticas que sean culturalmente sensibles”. Sin embargo, lo que deseo demostrar en este artículo es que si bien esto se toma en cuenta en teoría, en la práctica resulta mucho más difícil reconocer las implicaciones culturales de las políticas de recuperación después de un desastre.

En segundo lugar, se podría afirmar que la aplicación de las políticas abarca más que el aspecto central de estas. Ya sea que las políticas dirigidas a la recuperación después de un desastre sean culturalmente sensibles o no, nunca se trata de una fuerza totalizadora. Tal como

lo han demostrado diversos estudios antropológicos sobre los desastres (Fortun 2001, Oliver-Smith 1986), las personas siempre son agentes ingeniosos que enfrentan las circunstancias sociales y materiales que surgen en un entorno postdesastre y, por consiguiente, establecen nuevos significados y crean nuevas relaciones para asumir las tareas en cuestión. Efectivamente, los casos que analizaré demostrarán que la afirmación anterior es verdadera. Aún en las circunstancias más extremas, las poblaciones que resultan afectadas por un desastre se esfuerzan por hacer frente a la rigidez institucional y a los aspectos ininteligibles de la distribución de la ayuda, mediante arreglos que no coinciden con los patrones locales en cuanto al uso de los recursos, la sociabilidad y los valores simbólicos. Aún así, los casos revisados demostrarán que los esfuerzos de recuperación pueden generar resultados variables, que las políticas institucionales pueden ocasionar dificultades innecesarias para la población —la cual ya se encuentra al borde de un colapso emocional, social y logístico— y que hay ocasiones en las que se pueden utilizar los recursos institucionales de formas alternativas que contribuyen más eficazmente a la consecución del objetivo de mitigación.

### Estudio de caso: Choluteca, Honduras

Limón de la Cerca y Marcelino Champagnat son dos reasentamientos que se construyeron siete millas al este de la ciudad hondureña de Choluteca después del huracán Mitch. Deseo exponer que, tres años después del paso de este huracán, ambas comunidades mostraron resultados dramáticamente diferentes en cuanto a sus procesos de reconstrucción. Una de las comunidades presentó condiciones de crisis social, mientras que la otra dio importantes pasos hacia la mitigación. También deseo argumentar que en el caso de la comunidad en crisis (Limón de la Cerca), estas condiciones fueron el resultado de la correlación de tres variables, a saber: 1) la posición que ocuparon las familias afectadas en la “topografía” social general de Choluteca —a los residentes de Limón se les denominó la clase obrera—; 2) la rígida movilización del conocimiento experto por parte de los encargados de los programas de reconstrucción y de los funcionarios del gobierno local, lo cual limitó la capacidad de los residentes y de los propios encargados de los programas para transformar la ayuda dirigida a la reconstrucción en arreglos que fueran culturalmente relevantes y ambientalmente adaptables; y, 3) las limitaciones epistemológicas de los principales entes donantes internacionales, los cuales hubieran podido supervisar los proyectos de reconstrucción, pero

no lograron hacerlo debido a las limitaciones de sus sistemas para la generación de conocimiento. Por el contrario, en el caso del reasentamiento Marcelino Champagnat, los gerentes de los programas de construcción lograron establecer una relación diferente con los líderes comunitarios, mediante la cual no se movilizó el conocimiento experto como un elemento no negociable para reconstruir las comunidades afectadas. Las diferencias entre ambas comunidades incluyen las siguientes:

- 1) La proliferación de pandillas callejeras de adolescentes, llamadas popularmente “maras” en Limón, mientras que en Marcelino, los líderes comunitarios, bastante unidos y cohesionados, lograron subordinar estas organizaciones.
- 2) La construcción de 900 viviendas cuyas dimensiones y elementos estéticos no permitían que los residentes las consideraran fácilmente como sus hogares (a menudo, los residentes se referían a las casas como cajas de fósforos) y cuyas propiedades estructurales no correspondían al entorno local de Limón, mientras que en Marcelino Champagnat se construyeron 330 viviendas más espaciales y culturalmente relevantes.
- 3) En Limón, los patrones de la distribución de tierras por parte de la municipalidad privaron a la localidad de un elemento significativo, el liderazgo comunitario, y fracturaron las importantes redes sociales que servían como medios relevantes para obtener ayuda en el cuidado de los niños, protección contra los robos y la violencia, y el establecimiento de un sentimiento de “hallarse”; es decir, de sentirse a gusto. “Hallarse” fue precisamente el criterio que utilizaron los residentes para determinar el éxito colectivo de los programas de reconstrucción.
- 4) El estado incompleto de los proyectos estructurales en Limón, tal como la electrificación, mientras que otros proyectos similares culminaron con éxito en Marcelino, a menos de dos años del paso del huracán.

La información que se presenta a continuación se recopiló durante un estudio etnográfico que duró 13 meses, entre junio del 2000 y julio del 2001. Lo que me parece interesante como etnógrafo es la forma en que, con frecuencia, durante la conducción de las entrevistas etnográficas, los gerentes de proyectos de las ONG y los consultores explicaron las diferencias entre las dos comunidades en términos de propiedades esencialistas de los residentes de las comunidades.



Foto: SIU

Se hizo referencia a los habitantes de Limón como una población urbana, marginada y dependiente, incapaz de lograr su autogobernabilidad, mientras que se presentó a Marcelino Champagnat como una comunidad compuesta predominantemente por una población rural con un historial de organizaciones comunitarias. Sin embargo, la conducción de 160 encuestas familiares y 40 entrevistas etnográficas revelaron una historia totalmente diferente. Los residentes de ambas comunidades provienen de los mismos vecindarios que bordeaban el río Choluteca y que inmediatamente después del huracán intentaron tomar acciones como una sola comunidad. Además, mi investigación etnográfica reveló que las condiciones tan distintas en las dos comunidades no obedecieron a las propiedades internas de los sobrevivientes del desastre (tales como su dependencia y marginación, y su grado de urbanismo), sino que más bien fue el producto de las relaciones sociales que se establecieron entre los sobrevivientes, los gerentes de proyectos de las ONG y los funcionarios del gobierno local.

Después del huracán, el liderazgo de la comunidad emergente de sobrevivientes en Choluteca estaba compuesto por dirigentes vecinales y religiosos que, a la luz de la lenta respuesta gubernamental, desempeñó un papel muy dinámico en la búsqueda de una solución permanente a su situación como desplazados. Estos residentes identificaron un lugar apto para la reconstrucción de las viviendas siete kilómetros al este de la ciudad, a lo largo de la carretera Panamericana, una de las rutas internacionales más importantes. Se conocía a este sitio como Limón de la Cerca por la comunidad periurbana del mismo nombre. Debido a la

lenta respuesta de la Municipalidad, en representación de los sobrevivientes del desastre, los líderes de las bases decidieron organizar una protesta para presionar al gobierno local. Se consideró que la protesta era una divergencia total del papel que debían desempeñar los sobrevivientes, pues se esperaba que éstos fueran pasivos y agradecidos, y no proactivos y enérgicos. Tal como lo exponen Mary Douglas (1992), Emma Crewe y Elizabeth Harrison, esta es una expectativa común entre los entes donantes y los actores institucionales de los programas de asistencia. Por consiguiente, la Municipalidad intervino mediante la movilización del departamento local de Policía, el arresto de los manifestantes y la organización del denominado Comité de Tierras de la Municipalidad.

Este comité redujo el tamaño de las parcelas, de 400 metros cuadrados, como originalmente habían solicitado los líderes comunitarios, a sólo 200, y distribuyeron las tierras aleatoriamente a través de una rifa. Los sobrevivientes del desastre consideraban que 400 metros cuadrados era un tamaño adecuado para las parcelas, ya que muchas familias se dedicaban a la ganadería y utilizaban sus huertas para cultivar árboles frutales y verduras, con lo cual complementaban el ingreso familiar y sus propias dietas. En cambio, para los funcionarios municipales y de las ONG, los sobrevivientes eran parte de una población urbanizada para quienes las parcelas de tamaño mínimo eran más que suficiente. Se excluyó de la rifa a los dirigentes que organizaron la protesta y se les dejó sin tierras. Entonces, los líderes excluidos invadieron unas tierras vecinas y fundaron el reasentamiento Marcelino Champagnat a principios de 1999.

La distribución al azar de las tierras por parte del Comité de Tierras de la Municipalidad conceptualizó implícitamente a los residentes de Limón como personas alienadas que podían transformar una inversión mínima en una zona fructífera de reasentamiento. Sin embargo, estos supuestos implícitos originaron una fragmentación en las importantes redes a través de las que sus residentes resguardaban mutuamente sus hogares en Choluteca antes del huracán Mitch, y mediante las cuales también se prestaban ayuda en la atención de los niños. La rifa generó condiciones de anonimato, con lo cual se abrió un espacio que ocuparon rápidamente las pandillas de adolescentes, las *maras*, las cuales para el año 2000 ya actuaban impunemente durante la noche en la comunidad de Limón. En el transcurso del estudio etnográfico, se observó que los *graffiti* de las pandillas callejeras estaba presente en todas partes en Limón, mientras que en Marcelino Champagnat no se observó ni uno solo.

Las condiciones de fragmentación social se combinaron con las prácticas de construcción de viviendas de las ONG, las cuales no concordaban con las estructuras estéticas y de parentesco, ni con las condiciones ambientales del lugar. En Limón de la Cerca, se construyeron 1,200 viviendas, de las cuales la mayoría (900) utilizó un plano de distribución muy básico: estructuras de una sola habitación de 25 metros cuadrados. Según nuestras encuestas, el tamaño promedio de una familia era de siete personas, por lo que estas viviendas se abarrotaron durante la noche. Presentaban posibilidades muy limitadas para ampliarse, ya que el tamaño de los lotes era muy pequeño. Asimismo, se construyeron las estructuras sin columnas de refuerzo en las esquinas y con techos de hojalata que se levantaban fácilmente debido a los vientos de planicies semiáridas. Se entregaron las viviendas a sus dueños sin ningún tipo de ornamentación, tales como repellos o pintura, y sus paredes descubiertas construidas de bloques de cemento dieron a la comunidad una uniformidad bastante sombría, todo lo cual pudo observarse durante la conducción de este estudio. Un 27% de los hombres entrevistados informó que las labores de construcción eran su fuente principal de empleo y demostraron tener bastante conocimiento acerca de las técnicas utilizadas en este campo. A pesar de que estos residentes solicitaron que se aplicaran prácticas alternativas de construcción, los arquitectos de las ONG y los gerentes de proyectos insistieron en que no se

podían atender las solicitudes debido a las limitaciones en torno a la relación costo-beneficio. Irónicamente, la implementación de algunas de las sugerencias de los residentes, tales como la construcción de columnas de refuerzo, hubiera incrementado más que todo el costo de la mano de obra pero no de los materiales, y los propios residentes que sobrevivieron al desastre contribuían con la mayor parte de la mano de obra.

Al mismo tiempo, los encargados de evaluar los proyectos por parte de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) observaron que las consideraciones relativas a la relevancia cultural debían ser secundarias en comparación con el requisito institucional de gastar los fondos de reconstrucción durante el año fiscal. El uso del dinero en los plazos establecidos representó uno de los retos primordiales de la agencia. Mientras tanto, se negó a los residentes algún arreglo alternativo para los recursos de reconstrucción bajo la justificación de las limitaciones de la relación costo-beneficio. Fue mediante esta paradoja que se estructuró el poder en el proceso de reconstrucción de Limón, de forma tal que los residentes de la comunidad enfrentaron retos en cuanto a su capacidad de transformar los programas de ayuda en acuerdos ambiental y socialmente más adecuados. Además, USAID, que financió los proyectos de viviendas y de infraestructura en Limón, confió en la transparencia fiscal y en el requisito de aplicar soluciones integrales (la expectativa de que las comunidades reconstruidas estuvieran ubicadas en las proximidades de caminos que las conectaran con los mercados laborales y los planteles educativos, y que se les suministrara infraestructura eléctrica y de alcantarillado), como mecanismos para determinar si los programas de reconstrucción habían tenido éxito o no. Sin embargo, estos requisitos no fueron suficientes para reconocer las condiciones de marginación social que surgieron a raíz de las prácticas de reconstrucción que implementaron las ONG y el gobierno local en Limón.

En cambio, en Marcelino Champagnat, la relación entre los residentes y los gerentes de programas de las ONG tomó un rumbo diferente. El liderazgo de los residentes de esta comunidad adquirió mayor reputación por su resistencia a la ayuda que no consideraban adecuada. Por ejemplo, los residentes de esta comunidad optaron por vivir en tiendas de lona en vez de aceptar las viviendas temporales, ya que temían que se transformaran en casas permanentes. Asimismo, los habitantes se resistieron a las intenciones de la ONG denominada CARE de construir 100 viviendas de una



Foto: Brandon Bigam/Wikipedia Commons

sola habitación y de 25 metros cuadrados. Cuando se condujo este estudio etnográfico, los residentes relataron nuevamente y con orgullo su encuentro con los gerentes de los programas de vivienda de CARE. Al respecto, un residente comentó durante su entrevista: “¡Les dijimos que no queríamos sus cajas de fósforos!”.

A diferencia de la experiencia de los residentes de Limón con los encargados de los programas de vivienda de las ONG, en este caso, el personal de CARE negoció las dimensiones y los planes de distribución de las viviendas, y modificaron su propuesta para así construir 80 viviendas con planes de distribución de 35 metros cuadrados, con separaciones internas para las habitaciones, con repellos decorativos en las fachadas frontales y con columnas de refuerzo en las esquinas. En Limón, la movilización del conocimiento experto por parte de los gerentes de programas de viviendas revistió la forma de descripciones sobre la relación costo-beneficio. Con ello, hicieron caso omiso a las solicitudes de los residentes para aplicar prácticas alternativas de construcción. Mientras que en la comunidad de Marcelino, el personal de CARE reaccionó de forma creativa frente a la resistencia que opusieron los habitantes. Con ello, se negoció el diseño de las viviendas y se revisó el presupuesto propuesto para dar cabida a las solicitudes de los residentes de esta comunidad. El gerente de programas de CARE informó que había utilizado los mismos planos arquitectónicos de una comunidad de reconstrucción cercana denominada Renacer Marcovia, lo cual permitió que

se ampliaran las dimensiones de las viviendas y se incluyeran separaciones internas. El uso de estos planos permitió que el gerente de programas redujera el costo que supondría contratar los costosos servicios de otros arquitectos. El gerente de programas también decidió utilizar la mano de obra de los sobrevivientes del desastre.

### **Conclusiones y recomendaciones para prácticas posteriores**

En el caso de la comunidad de Limón, observamos la perpetuación de los efectos sociales de un desastre a través de los tipos de relación que se establecieron entre el gobierno local y los sobrevivientes del huracán (relaciones caracterizadas por la diferencia de clases y las expectativas culturales por parte de los actores institucionales, en cuanto a que los sobrevivientes deben ser dóciles y estar agradecidos por ser los beneficiarios de paquetes de ayuda mínima), la aplicación rígida del conocimiento experto por parte de los gerentes de programas de las ONG (descripciones sobre la relación costo-beneficio que elaboraron los arquitectos y los gerentes de proyectos de las ONG, lo cual se presentó como un elemento no negociable en las prácticas de un proceso de recuperación después de un desastre), y las limitaciones de los mecanismos de diversas agencias, tal como USAID, para la generación de conocimiento.

Al mismo tiempo, el caso de la comunidad de Marcelino Champagnat demuestra la importancia de resistirse al diseño de programas importantes para

la reconstrucción de las comunidades. El liderazgo social que se mostró en este reasentamiento adquirió reputación debido a su oposición a los paquetes de ayuda y las prácticas que se consideraban irrelevantes y hasta potencialmente marginadoras. Esta postura, que originalmente se consideró como una amenaza a la que debía dar fin la Municipalidad y el departamento local de Policía (un claro ejemplo de ello fue la movilización de los efectivos policiales para disolver la protesta contra la respuesta tan lenta de la municipalidad), fue un elemento importante para diseñar programas de asistencia después de un desastre, los cuales se adaptaron a las necesidades sociales y ambientales específicas del lugar donde se llevaría a cabo la reconstrucción. Esta observación bien podría frustrar a los expertos y los encargados de la formulación de políticas, quienes insisten en que es logísticamente imposible predecir las contingencias ambientales y culturales de los proyectos relativos a la recuperación después de un desastre. Los teóricos sociales Andrew Pickering (1995) y Pierre Bourdieu (1977) aceptarían este punto de vista, ya que los profesionales y los expertos nunca saben cuáles son las contingencias que se presentarán al momento de poner en práctica los programas. Es precisamente por esta razón que la aplicación de políticas de reconstrucción debe incluir un principio de flexibilidad y adaptación como una de las reglas fundamentales (véase Bankoff y Hilhorst 2004). Además, los gerentes de los proyectos de reconstrucción deben tener presente y ser conscientes de la posibilidad de que, inevitablemente, todas las políticas y las prácticas de reconstrucción asumirán supuestos sobre la naturaleza y la condición de las personas, las comunidades y del bienestar social, y algunos de estos supuestos podrían no ser los más adecuados para el lugar en particular donde se ejecutará un proyecto.

A pesar de que son inevitables, estos supuestos no deben originar la perpetuación de los impactos sociales de los desastres. Tal como sucedió en la comunidad de Marcelino, los gerentes que elaboren una disposición que les permita negociar sus proyectos con las comunidades que resultan afectadas por los desastres, tienen una mayor posibilidad de mitigar los impactos de éstos que aquellos que no llevan a cabo estas negociaciones. Finalmente, los gerentes de proyectos deben tener presente los principios de reconstrucción (las descripciones de la relación costo-beneficio, los mercados de viviendas secundarias, la equidad a través de la distribución aleatoria de

recursos, etc.) que se consideran como elementos que no se negocian dentro de las políticas, ya que es muy probable que estos aspectos “no negociables” actúen como un factor muy limitante para la mitigación de los efectos de los desastres.

### Bibliografía citada

Bourdieu, Pierre. 1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bankoff, Gregory y Dorothea Hilhorst. 2004. Introduction: Mapping Vulnerability. *En Mapping Vulnerability*. Gregory Bankoff y Dorothea Hilhorst, editores. Páginas 1-9. London: Earthscan.

Caldeira, Teresa y James Holston. 2005. State and Urban Space in Brazil: From Modernist Planning to Democratic Interventions *En Global Assemblages: Technology, Politics, and Ethics as Anthropological Problems*. Aihwa Ong y Stephen J. Collier, editores. Páginas 393-416. Malden: Blackwell Publishing.

Douglas, Mary. 1992. *Risk and Blame: Essays in Cultural Theory*. New York: Routledge.

Escobar, Arturo. 1995. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press.

Fortun, Kim. 2001. *Advocacy After Bhopal: Environmentalism, Disaster, New Global Orders*. Chicago: University of Chicago Press.

Maskrey, Andrew. 1995. The Semiotics of Technological Innovation. *En Developing Building for Safety Programs: Guidelines for Organizing Safe Building Improvement Programs in Disaster-Prone Areas*. Aysan Yasmin, editora. London: Intermediate Technology Publications.

Oliver-Smith, Anthony. 1986. *The Martyred City: Death and Rebirth in the Andes*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Ong, Aihwa. 2006. *Neo-liberalism as Exception: Mutations in Citizenship and Sovereignty*. Durham: Duke University Press.

Pickering, Andrew. 1995. *The Mangle of Practice: Time, Agency, and Science*. Chicago: University of Chicago Press.

*Para mayor información contactar a:*

Roberto Barrios

*rbarrios@siu.edu*

Departamento de Antropología

Southern Illinois University Carbondale

# Planes de contingencia para enfrentar desastres: una necesidad impostergable



Foto: J. Jenkins

## Preámbulo

El presente artículo se basa en una ponencia que el autor (para entonces miembro del Comité Técnico de la Comisión) presentó con el título de **Aspectos Metodológicos de un Plan de Contingencia** en el “Seminario Binacional para el Desarrollo del Modus Operandi sobre Cooperación y Asistencia Mutua en Casos de Emergencias y para la Preservación de Ecosistemas” que se llevó a cabo en San Cristóbal el 28 y 29 de junio de 1991 en la reunión de la Comisión Colombo-Venezolana para Asuntos Fronterizos.

Tanto aquella ponencia como este artículo se nutren primordialmente de las experiencias adquiridas durante la preparación del “Plan de Contingencia de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo”, mejor conocido como PLAN COLM y de las actividades desarrolladas por este autor en los últimos años dentro del marco de la gestión de reducción del riesgo de desastres (RRD)

## La gestión de la reducción del riesgo (RRD) en Venezuela

Los desastres ocasionados por el fenómeno hidrometeorológico que azotó una considerable porción de Venezuela en diciembre de 1999 (Ver “Un experto damnificado o un damnificado experto”, *EIRD Informa, Número 1, 2000* y “A cinco años de la tragedia de Vargas”, *EIRD Informa, Número*

*11, 2005*) y otros desastres hidrometeorológicos que han seguido azotando al país han puesto en evidencia una vez más la imperiosa necesidad de preparar a nuestra población para enfrentar dichos desastres independientemente de su origen (natural, tecnológico, antrópico o ambiental) a través de la preparación, divulgación y eventual implantación de planes de contingencia adecuados.

Dichos planes contribuirán no a la eliminación pero sí a la mitigación de los efectos negativos de dichos desastres sobre la población, sobre el medio ambiente y sobre la infraestructura construida.

Si bien en Venezuela se han hecho esfuerzos aislados y locales en este sentido (hago referencia al Plan de Contingencia para la Costa Oriental de Venezuela, conocido como PLAN COLM), estamos muy lejos de contar con planes de contingencia locales, municipales, estatales y regionales dentro de una política nacional de mitigación del riesgo de desastres.

Este artículo pretende presentar los aspectos conceptuales más relevantes de un plan de contingencia, con independencia de su ámbito de aplicación (local, municipal, estatal, regional o nacional) así como los problemas que se deben enfrentar en preparación, divulgación e implantación y sus posibles soluciones.

### La importancia de los planes de contingencia

La necesidad de planificar y prepararse para prevenir y mitigar los efectos de desastres no es tan evidente como sería de desear, pues existe una resistencia, por parte de la población en general y de las clases dirigentes en particular, a enfrentar lo inevitable: los desastres de origen natural han ocurrido, ocurren y ocurrirán.

Esta resistencia es, en cierto modo, explicable pero no necesariamente aceptable. En un mundo como el nuestro convulsionado por miles de problemas, con millones de personas con ingentes necesidades perentorias que satisfacer, resulta hasta natural que los tomadores de decisiones (sean éstos funcionarios o directivos de la empresa privada) tiendan a ocuparse en resolver los problemas más inmediatos del día a día, dejando “para después” aquellos problemas no tan inmediatos, pero no necesariamente menos importantes, como es el caso de la gestión, prevención, mitigación y atención de desastres.

Tratar de convencer, de *educar*, a nuestros dirigentes políticos y a los líderes de la actividad privada de que dediquen lo que, en el fondo, son modestísimos recursos a la planificación para la prevención y mitigación de desastres, será un ejercicio inútil si no tenemos en cuenta la baja prioridad que dichos líderes y dirigentes le asignan, en general, a esa actividad. Debemos, pues, comenzar por concientizarlos, por educarlos.

Todas las actividades (relacionadas con la preparación de planes de contingencia) de planificación: instruirnos a nosotros mismos y a otros sobre cómo actuar en situaciones de crisis...”. En términos quizás más convencionales, cuando hablamos de adiestramiento y educación nos referimos a la difusión de información a distintas audiencias, de diversas maneras y a distintos niveles de educación, concientizar al público (definiendo de antemano qué es “el público”).

Hasta aquí hemos venido hablando de “Planes de Contingencia” en uno y otro contexto. Pero quizás deberíamos hablar de “planificación” en lugar de “plan”. Un plan debe ser dinámico, vivo. Debe practicarse a través de ejercicios y simulacros, debe actualizarse, perfeccionarse y, quizás lo más importante, debe estar presente de un modo o de otro en la vida cotidiana de aquellos hacia quien está dirigido.

Un plan de contingencia debe coadyuvar al establecimiento de una conciencia de riesgo en la población.

El objetivo primordial de un plan de contingencia es, por tanto, minimizar los impactos sociales y materiales ocasionados por los desastres. La palabra clave aquí es minimizar pues no hay ningún plan de contingencia, por muy bien diseñado, preparado y ensayado que esté, capaz de eliminar los efectos negativos de un desastre, cualquiera que sea el origen o la magnitud de este.

### Un plan de contingencia exitoso deberá:

- Reducir el tiempo de reacción ante la emergencia, haya aviso previo (como en el caso de huracanes, tormentas, inundaciones, erupciones volcánicas) o no (como es el caso de terremotos, tornados, deslizamientos, incendios o explosiones).
- Hacer sistemático, ordenado y eficiente lo que, sin un plan debidamente concebido y ensayado, sería arbitrario, caótico e ineficiente.
- Controlar la contingencia a través de decisiones acertadas y acciones coherentes.
- Cumplir con las normativas legales.

### Esquema conceptual de un Plan de Contingencia

Un plan de contingencia exitoso deberá basarse en un esquema conceptual como el que se muestra a continuación:

- Objetivo
- Análisis de los riesgos y definición del área afectada
- Recolección y análisis de la información básica
- Cartografía
- Inventario de instalaciones e infraestructura de servicios
- Información demográfica (censos y encuestas)
- Análisis de escenarios / evaluación del impacto
- Aviso / alarma
- Elaboración del plan
- Divulgación
- Adiestramiento y educación (ejercicios y simulacros)
- Actualización y perfeccionamiento

Por último, debemos redoblar nuestros esfuerzos hacia la concientización de los tomadores de decisiones, tanto oficiales como privados, para la preparación de planes de contingencia orientados a mitigar los efectos negativos que los desastres de origen naturales ocasionan en la población, en el medio ambiente y en el desarrollo.

*Juan Murria*  
 Director del Centro de Investigación de Riesgos,  
 Universidad de Falcón (CIR UDEFA)  
 Punto Fijo, Estado Falcón, Venezuela  
[jmurria@hotmail.com](mailto:jmurria@hotmail.com)

# Agentes de cambio: El rol de niños y niñas en la prevención de desastres



Foto: Thomas Tanner

## Resumen

En el tema de los desastres, cada vez más comunes en nuestros países, los niños, niñas y jóvenes han sido considerados únicamente como víctimas pasivas de dichos eventos. Por tal razón, la preocupación se ha enfocado principalmente en la protección de la niñez durante y después de un desastre. Este artículo vincula experiencias de la participación de grupos juveniles en los procesos de desarrollo con el enfoque emergente de la reducción de riesgos y prevención de desastres. Los estudios de caso en El Salvador, Centroamérica, muestran el gran potencial de los grupos juveniles como agentes de cambio en sus comunidades, y aportan los principales mecanismos que subyacen en la participación activa de los niños y jóvenes en la gestión de riesgos para prevenir los desastres, hecho crítico frente al cambio climático.

## Niños y desastres: vulnerabilidad y agencia

Los niños, niñas y jóvenes se destacan en la literatura como un grupo muy vulnerable, y con necesidades específicas para su protección durante y después de eventos de desastre. Varios estudios de salud prestan atención a la alta tasa de mortalidad entre niños en eventos extremos, y se estima que en la próxima década cerca de 175 millones de niños y niñas pueden ser afectados por desastres climáticos cada año<sup>1</sup>.

En los años recientes, la acción de los niños y jóvenes en la gestión de riesgos ha sido conocida en actividades escolares. Este enfoque se implementaba principalmente a través del uso de materiales educativos y la protección de la infraestructura de edificios escolares. También surgieron ejemplos y apoyos a la participación de grupos juveniles en el análisis y la toma de decisiones comunitarias que influyen sobre la gestión de riesgo.

## Investigación sobre acciones del riesgo de desastres y cambio climático: El caso de El Salvador

La investigación con jóvenes requiere de un diseño metodológico cuidadoso y sensible. El método central que se ha utilizado para generar los datos del presente estudio es un contacto directo con los grupos meta, y entrevistas semiestructuradas de hogares para recopilar datos de los otros miembros del hogar, instituciones gubernamentales y no gubernamentales.

## Perfil de las comunidades

Las comunidades Potrerillos y El Matazano 1, forman parte de una muestra de 10 localidades en El Salvador, seleccionadas como parte de una investigación

<sup>1</sup> Save the Children (2007). Legacy of Disasters: The impact of climate change on children. Save the Children Fund, Londres.

más amplia que también incluye comunidades comparativas en Las Filipinas. El Salvador se caracteriza por un alto nivel de desastres, tales como terremotos, inundaciones, huracanes, derrumbes, y deslaves. Los estudios de caso reflejan este perfil de vulnerabilidad por su ubicación en zonas montañosas y una alta incidencia de pobreza. El propósito de selección de estas dos comunidades es hacer un análisis comparativo entre dos realidades contrapuestas en este país: lo rural y lo urbano, categorías sociales que marcan diferencias substanciales en términos de acceso a recursos, modelos de producción, dinámicas sociales y contextos políticos.

El cantón Potrerillos es una comunidad rural localizada en el municipio del Carrizal, perteneciente al departamento de Chalatenango, en la zona fronteriza con la República de Honduras. Cuenta con una población de aproximadamente 427 habitantes, de los cuales la mitad son menores de 19 años. Es una comunidad que vive predominantemente de una agricultura para la autosubsistencia; en sus cultivos destacan el maicillo, frijoles, achote, pipián y loroco. La gran mayoría de las familias cuenta con el apoyo de remesas enviadas por sus parientes que viven en los Estados Unidos, las cuales representan un importante ingreso económico.

El cantón El Matazano 1 pertenece al municipio de Santa Tecla, localizado en el departamento de La Libertad. Cuenta con una población de aproximadamente 1,363 personas; 56% son jóvenes menores de 19 años. La comunidad solía ser dependiente de la agricultura, pero los procesos de urbanización han resultado en la deforestación de fincas cafetaleras y de maíz. En la actualidad, dada la cercanía del cantón a las ciudades de Santa Tecla y San Salvador, la mayoría de sus miembros se desplaza a trabajar a las zonas urbanas.

### Actividades y hechos realizados por los grupos juveniles

Con el apoyo de varias instituciones tales como la Iglesia, la Alcaldía, la Agencia de Cooperación Internacional Japonesa (JICA), CARITAS, y Plan El Salvador, los grupos en las dos comunidades han recibido varias capacitaciones como parte de un proceso de fortalecimiento a la participación de la niñez y al desarrollo de competencias básicas para el funcionamiento de sus organizaciones. En estas capacitaciones se han incluido temas como liderazgo juvenil, prevención de riesgos, primeros auxilios y

simulacros, salud preventiva, gestión financiera, los derechos del niño y la niña, y computación. La duración de cada jornada de capacitación ha sido diferente y va desde una semana de trabajo de manera continua, hasta seis meses, solo los fines de semana.

Se destacan las capacitaciones sobre la metodología del Análisis de Vulnerabilidades y Capacidades (AVC) como importantes para diagnosticar, planificar y llevar a cabo acciones de gestión de riesgo. El AVC incluyó herramientas tales como: calendarios estacionales e históricos, mapas de riesgos de la comunidad y otros.

Los componentes analizados de tal proceso incluyeron:

- Historia de la comunidad
- Calendario estacional
- Mapa de riesgos de la comunidad
- Análisis de actores importantes de la comunidad
- Mapa de recursos y capacidades de la comunidad

Al finalizar el AVC, los miembros de los comités de emergencia<sup>2</sup> se organizaron para presentarlos a la comunidad.

### Los niños como protagonistas efectivos para prevenir desastres

Las organizaciones de niños y niñas estudiadas muestran un importante protagonismo a nivel comunitario y esto puede entenderse a partir de cuatro elementos:

- El desarrollo de capacidades análisis e identificación de riesgos
- Habilidad para implementar acciones, de acuerdo con su capacidades, para atender dichos riesgos
- Habilidades de comunicación sobre diferentes temas, incluyendo la prevención del riesgo
- Toma de decisiones

Los datos reflejan la evidencia de otros países en que los grupos de niños han desarrollado importantes habilidades para identificar los riesgos que existen en las comunidades donde habitan. Estos grupos han participado en procesos de capacitación sobre gestión de riesgo, y espacios de intercambio donde han adquirido estas destrezas. Los niños y jóvenes manifiestan una creciente sensibilidad hacia las amenazas como derrumbes, inundaciones, cables del

<sup>2</sup> Los Comités de Emergencia son organizaciones de niños o adultos que han sido capacitados para prestar ayuda a las familias en la comunidad en caso de un desastre: terremoto, derrumbe, inundación, etc.

tendido eléctrico que podrían caer, abuso de velocidad de los automovilistas, contaminación de fuentes de agua y deforestación.

En este marco, se encuentran una serie de metodologías que han ayudado a objetivar la percepción de riesgos en sus comunidades como son los mapas de riesgos, donde a partir de un simbolismo *sui generis*, identifican personas, familias o zonas geográficas donde existe una mayor vulnerabilidad.

Otro rasgo importante del protagonismo de los niños es que ya se encuentran realizando acciones para atender estos riesgos en el plano comunitario. Estas acciones pueden clasificarse en dos categorías: 1) *acciones de reducción de riesgos* como el caso de los túmulos en la calle, la recolección de materiales de plástico para evitar la contaminación, reforestación, sensibilización de la comunidad a la gestión de riesgos, y 2) *acciones de preparación y vigilancia*, es decir, medidas cuyo objetivo es organizar y facilitar las operaciones para el efectivo aviso, salvamento y rehabilitación de la población en casos de desastres. Este dato es particularmente cierto para el grupo de jóvenes de El Matazano 1, donde la organización ha desarrollado capacidades para manejar albergues temporales, realizar censos de damnificados, se han organizado en brigadas y cuando se activan los sistemas de alerta de la zona, los niños y niñas recorren aquellas zonas consideradas más vulnerables para asegurar las condiciones de las personas.

Los grupos analizados también han desarrollado habilidades de comunicación; involucran acciones comunicativas que buscan transmitir las condiciones de riesgo que se presentan en la comunidad, así como también utilizan la comunicación como estrategia para movilizar recursos para el desarrollo de sus proyectos. El nuevo interés en la dimensión humana de la vulnerabilidad en lugar de aspectos estrictamente físicos ha rebatido el modo dominante de la regulación de riesgo, así como los tipos de riesgos que deben ser comunicados desde los expertos hacia el público.

## Conclusiones

Los ejemplos de estas dos comunidades de El Salvador remarcan el poder de niños y jóvenes de participar directamente en los procesos de desarrollo en sus comunidades. Los niños y niñas han logrado desarrollar importantes capacidades para la gestión del riesgo basado en aspectos no sólo físicos, sino también psicosociales y culturales.

En el caso de riesgos psicosociales, existe evidencia de un trabajo consistente en fortalecer los rasgos de identidad y solidaridad al interior del grupo. Esto mejora sus condiciones como actores importantes dentro de la comunidad, pero además les ayuda a superar el riesgo de ser parte de una pandilla, de sentirse excluidos del sistema social por su condición económica y social y de ser únicamente observadores del desarrollo. Ese contacto con las instituciones, las que valoran su papel, les hace tener confianza en ellos mismos y les motiva a seguir adelante con sus propios procesos.

En el campo cultural, es notoria la presencia de los jóvenes intentando rescatar aquellos elementos de una cultura que les proporciona la identidad, frente a un orden marcado por la globalización y el seguimiento de patrones culturalmente distintos de las zonas donde ellos y ellas viven. Esto implica una visión de más largo alcance sobre lo que el riesgo representa.

## Agradecimientos

Un agradecimiento por el apoyo brindado por Plan Internacional en el Reino Unido y El Salvador, de manera particular a Mercedes García, Verónica Villalta, Mónica Navarrete y Lily Pacheco. Así mismo, se agradece al Consejo de Investigación Económica y Social (ESRC) del Reino Unido por apoyo financiero a la investigación que ha sido la base de este artículo.

*Más información:*

[www.childreninachangingclimate.org](http://www.childreninachangingclimate.org)

Por Thomas Tanner<sup>i</sup> Gonzalo Rodríguez<sup>ii</sup> y Jimena Lazcano<sup>iii</sup>

*i Thomas Tanner es investigador en el Instituto de Estudios para el Desarrollo (IDS, Reino Unido). Geógrafo, su interés se centra en el vínculo entre pobreza, adaptación, y prevención de desastres. [t.tanner@ids.ac.uk](mailto:t.tanner@ids.ac.uk)*

*ii Gonzalo Rodríguez es investigador de la Universidad de El Salvador en el campo de las Ciencias Sociales. Ha participado en diferentes estudios que analizan la relación entre capital social y pobreza. [chalo\\_rodriguez@yahoo.es](mailto:chalo_rodriguez@yahoo.es)*

*iii Jimena Lazcano es consultora independiente, científica social. Su interés se centra en la participación de la infancia como elemento fundamental para el desarrollo integral de la niñez. [lazcanojimena@yahoo.com](mailto:lazcanojimena@yahoo.com)*

## Las economías sumergidas del riesgo: El caso de República Dominicana

**D**espués de más de un año de hablar con cientos de personas que viven en zonas de riesgo y son afectadas por las inundaciones en República Dominicana, sigo haciéndoles las mismas preguntas ¿qué medidas tomaría para evitar que se inunde su casa, sus cultivos, su ganado, que se destruyan infraestructuras? Si ustedes tuviesen la capacidad de gestionar el riesgo en este país, ¿hacia donde encaminarían esas estrategias?

Las respuestas suelen ser siempre recurrentes. Más “picos y palas” para las instituciones de emergencia, un sistema de comunicación eficaz para una alerta temprana y realizar una rápida evacuación, más colaboración entre las instituciones, mejores infraestructuras, y la respuesta más escuchada, “concienciar a la población sobre los riesgos”. Y estoy de acuerdo con todas las respuestas, pero sobre todo con concienciar a la población, educarla sobre qué es el riesgo.

En la ciudad de Baitoa, situada aguas abajo de la presa de Taveras, en la provincia de Santiago, una señora que vivía junto al río me dijo que su casa había sido destruida por el “desagüe de la presa durante la tormenta Olga”, en diciembre de 2007. Y ante mi pregunta de por qué construía de nuevo su casa en el mismo sitio donde una vez fue destruida por la riada, su respuesta fue que no tenía dinero para construir en el interior de la ciudad y ahí, donde vivía, nadie le pedía dinero. Es solo un ejemplo de los muchos testimonios similares que se pueden recoger a lo largo del país.

Pero yo no voy a hablar de aquellas personas que desconocen el riesgo, sino de aquellas otras que lo conocen bien, lo conocen tan bien, que se aprovechan de las --desastres, y sacan réditos económicos de la inundación de parcelas agrícolas y ganaderas y de la pérdida de viviendas y bienes.

Es bien conocido en República Dominicana que muchas personas viven en las zonas de mayor exposición, y por ende, de más alto riesgo. Orillas de los ríos, laderas inestables, barrios enclavados en las cañadas más peligrosas de las ciudades... Parece que existe una reciprocidad entre zonas de alto riesgo y un



Foto: E. Bustillo

buen número de posibilidades de ser el damnificado número uno en la próxima catástrofe. Con un poco de suerte la Defensa Civil les sacará de sus casas, que serán desbaratadas por la inundación, lluvias o cualquier otro fenómeno natural. El resultado, miles de personas sin casa, e instituciones públicas construyendo viviendas en zonas, supuestamente sin riesgo, para poder alojar a todas esas personas. <sup>[1]</sup> Según la CEPAL, las inundaciones de noviembre de 2003 dejaron 16.160 viviendas dañadas o destruidas, con unos costos de reconstrucción y reubicación de más 62 millones de pesos (1.8 millones US\$).

La mayoría de esas personas realojadas, o tenían trabajos informales de subsistencia, o se dedicaban a la agricultura o ganadería, cuyas tierras y rebaños no asegurados se han visto dañados, o bien no tenían trabajo. No existe capacidad de ahorro, sus fuentes de ingresos se han visto mermadas o anuladas, pero tienen una vivienda, cuya venta podría reportarles ingresos suficientes como para vivir unos cuantos años. Los mismos años que tarde en llegar el próximo desastre.

El subsecretario de Planificación, Guarocuya Félix, declaró en mayo de 2009, en un seminario sobre *Integración de la gestión de riesgos en la planificación e inversión pública* que “los desastres naturales

<sup>1</sup> CEPAL, Comisión Económica para América latina y el Caribe (2004). República Dominicana: Evaluación de los daños ocasionados por las inundaciones en las cuencas Yaque del Norte y Yuna, 2003. Página 39, cuadro 12.



Foto: E. Bustillo

obligan a destinar cada año alrededor de un 1% del presupuesto nacional para mitigar y resarcir daños". Las instituciones públicas han implementado recursos económicos en la construcción de viviendas, pero el resultado es un panorama similar al que existía antes del desastre: gente viviendo en las mismas zonas afectadas. Y no solo los que vivían antes, sino que más gente dispuesta a "ganarse una vivienda" en los próximos años acude allí. La marginación obliga a las personas a la ilegalidad. Las economías sumergidas ofrecen a menudo medios de subsistencia a gente marginada que sufre los varapalos de un sistema económico que no es capaz de cubrir sus necesidades.

¿Pero solo la gente que recurre a estas prácticas se beneficia del riesgo? No. Ellos realmente son los verdaderos perdedores del sistema, que les obliga a jugar con sus vidas, poner un precio a la vida de sus hijos, a fin de poder mantenerlos y subsistir en condiciones precarias.

Las verdaderas "economías sumergidas del riesgo" comienzan cuando se permiten esas situaciones, cuando se buscan soluciones rápidas con miras en plazos cortos de no más de cuatro años que puedan reportar un voto en las próximas elecciones. Esas son las verdaderas ganancias ocultas que reportan los desastres.

Está de sobra estudiado cómo se configura el riesgo y qué elementos intervienen: peligrosidad, exposición y vulnerabilidad. Ante la peligrosidad nada se puede hacer, es el evento natural y nadie puede evitar el paso de tormentas tropicales, huracanes u otros efectos naturales adversos. Frente a la vulnerabilidad, que hace referencia a las condiciones intrínsecas de la población para anticiparse, sobrevivir, resistir y recuperarse frente a los eventos adversos existen numerosas medidas, pero medidas costosas y de largo recorrido. Es algo que escapa al estudio del riesgo y entra de lleno

en conceptos macroeconómicos a escala estatal. Nos queda afrontar la exposición: si somos vulnerables, pero no estamos expuestos nuestra situación de riesgo se ve considerablemente reducida.

Existen numerosas medidas que pueden tomarse para reducir la exposición de la población. La primera de ellas sería no permitir que se formen comunidades en torno a las áreas de inundación de los ríos, mucho menos cuando esas personas han sido realojadas. Para ello es necesaria una transversalización del riesgo a todos los sectores públicos, que toda normativa tenga en cuenta la gestión del riesgo. Una solución sería la regulación de la prohibición de vender las viviendas provenientes de realojos por desastres. Otra medida que tomar sería dar capacidad a algunas de las instituciones del país como Defensa Civil, Ejército Nacional o Policía Nacional para que eviten que la gente se asiente en las zonas delimitadas de riesgo. Obviamente estas medidas son complicadas para aplicar en una sociedad que históricamente ha convivido con el riesgo y cuya percepción del mismo es mucho más permisiva de lo que sería deseable. Es por ello que estas medidas serían impopulares, pero no por ello innecesarias.

Si realmente se está decidido a hacer frente a un problema que golpea una y otra vez a la sociedad dominicana y sobre todo, aunque no solo, a sus estratos más desfavorecidos, se han de tomar verdaderas soluciones y no solo parches que agravan el problema y hacen perder esfuerzos y tiempo. Se ha de invertir el dinero público con un criterio más allá del periodo electoral, la transformación de una sociedad que se "enfrenta al riesgo" repetidamente en una sociedad que "gestiona el riesgo" de la manera más eficiente para reducir sus consecuencias.

*Eduardo Bustillo*

*Investigador. Grupo de Riesgos Naturales NATRISK de la Universidad de Valladolid (España)*

*EduBustillo@gmail.com*

## La culpa no es toda del “cambio climático”

Cuando al cuerpo humano se le expone a determinados excesos, por ejemplo: de alimentación, de drogas, de tensiones emocionales e incluso de ejercicio físico, puede responder con ciertas alteraciones que tarde o temprano desembocarán en enfermedades. Lo que nunca sabremos es el momento exacto de la aparición de estos males, ni cuál será su magnitud, ni cuando perderemos la vida por su causa. Lo único de lo que estamos ciertos es que de continuar con esos excesos algo negativo seguramente nos resultará.

Pero aún estando conscientes de los posibles efectos que nuestro cuerpo puede experimentar, muchos de los cuales son irreversibles; continuamos con los excesos a veces, incluso, después de escuchar las advertencias de profesionales, y siempre albergamos la esperanza de que a nosotros nada nos sucederá.

Pues bien, algo similar le está pasando a la Tierra: las diferentes actividades del hombre que han causado la deforestación, la contaminación del aire y la del agua, entre otros males, están enfermando de manera paulatina a nuestro planeta. Y ya se habla de un cambio climático que trae aparejados diversos males. En los últimos años hemos escuchado con mayor frecuencia de algunos efectos que se le atribuyen.

Esos cambios son: elevación del mar y desaparición de zonas costeras, calores y sequías más intensos, abundancia de agua e inundaciones, desaparición de zonas cultivables, migración de insectos y aparición de virus en zonas donde antes no sobrevivían, fenómenos atmosféricos más severos, desaparición de glaciares, mayor contaminación y pugnas entre los seres humanos por el agua.

¿Pero realmente lo que estamos viviendo es el cambio climático? Quizás, aún no se pueda precisar con toda claridad, pero lo que sí sabemos es que algo ya le está pasando al planeta, y posiblemente algo más grave le pueda pasar en las próximas décadas; pero albergamos la esperanza de que nada ocurrirá, y así seguimos deforestando, quemando bosques, matando especies de animales protegidas, tirando basura, vertiendo sustancias nocivas en ríos y mares, contaminando el aire e incrementando los gases de tipo invernadero.

En Veracruz, actualmente, los medios de comunicación dan cuenta de los daños que ocasionan los fenómenos meteorológicos cada vez con mayor precisión y prontitud, y afirman que, diariamente, las lluvias son más intensas, y que tales precipitaciones no ocurrían desde hace 30 ó 50 años. Sin embargo, al revisar la estadística climatológica podemos observar que lluvias de esta misma intensidad ya se daban muchos años atrás, pero, lo que sí es cierto, es que ahora ocasionan daños más severos, y entonces es cuando nos preguntamos qué está pasando: acaso será porque somos más habitantes, o porque obstruimos los cauces de los ríos, o porque construimos nuestros hogares en las márgenes de las corrientes o en zonas inapropiadas que a la menor precipitación se inundan, o porque construimos casas en laderas que ante lluvias moderadas y continuas se deslavan porque ya no hay árboles que retengan las tierras o porque existe baja planeación en el desarrollo de los centros urbanos.

Vale pues, la pena preguntarse ¿qué es lo que verdaderamente está pasando?, ¿efectivamente ya es el cambio climático?, y si no es así, ¿qué nos espera cuando realmente el cambio climático se haga presente.

Ante todo ello, como sociedad debemos frenar un momento y reconsiderar todas las acciones que estamos realizando en contra de la Tierra y de nosotros mismos, ya lo dice un refrán “Dios perdona siempre, el hombre algunas veces, pero la naturaleza nunca”. Lo que ahora estamos viviendo podría ser nada, en comparación a lo que nos pudiera pasar cuando el cambio climático esté en su plenitud.

Si bien, es cierto que el gobierno debe ser el líder para llevar a cabo las acciones que apoyen a mitigar y/o frenar el cambio climático, no menos cierto, es que todos nosotros, como una sociedad unida, tenemos un deber ineludible: respetar la naturaleza.

*Para mayor información:*

*José Llanos Arias*

*Organismo de Cuenca Golfo Centro*

*Dirección Técnica*

*jose.llanosa@conagua.gob.mx*